

# C A R A Y C R U Z

Por IGNACIO AGUSTI

## cuando hay que escribir la historia

**E**N otros tiempos lo que quedaba de las guerras era el vencedor, y nadie más. La cuestión de una total supervivencia excluyente era inapelable en las guerras antiguas. Los romanos arrasaban al vencido. Es hoy prácticamente imposible determinar el lugar donde se asentó Cartago, durante muchos siglos batalladora y oponente de Roma.

Los antiguos tenían la pretensión o la precaución de quedar solos en la historia. La función civilizadora de los romanos aspiraba a empezar su ciclo a partir del cero histórico. El mundo posible había de plantearse ante ellos como un horizonte sin hollar, totalmente patrimonial, sin hipotecas ideológicas o militares. Fundar historia es, probablemente, inventar el mundo, según el concepto de los antiguos. De Troya nada quedó, salvo Homero y su enjambre de voces y leyendas.

Hoy, los vencedores se inmiscuyen y reconstruyen el emporio de los vencidos. Según el criterio riguroso de interpretación de la historia, podríamos afirmar que, por fortuna, los vencedores no vencen nunca del todo. Los americanos han ayudado a reconstruir Hiroshima, la más arrasada de todas las ciudades desde que el mundo es mundo; e hicieron lo posible por reedificar Frankfurt o Dusseldorf. Estas ciudades y otras muchas de Alemania son distintas a las que antes eran, pero se asientan en la plaza que tuvieron. La casa donde escuchaba Goethe el silbido de los proyectiles de cañón en la guerra de Sucesión, al otro lado del Maine, ha podido rehacerse a base solo de la referencia de la fachada que quedó en pie, apuntalada y refrendada a toda prisa. Hoy, en el interior de la casa, todo parece lo mismo que antes, pero sin raíz histórica: el piano suplanta al que Goethe pulsara —teclado muerto por las bombas—, los sillones son ilusorias tumbas de los espectros prerrománticos que la explosión terrible ahuyentó para siempre.

Y es que los vencedores de hoy van a la guerra previamente impregnados de una parte cabal del espíritu de los vencidos. Cada pueblo, cada raza, cada núcleo de civilización, comparte con los demás el escrúpulo de no poseer toda la razón. ¿Y qué pueden argüir los pueblos para disimular no ya sus diferencias —que estas se procura que salten siempre a la vista—, sino lo que tienen en común? La guerra de Troya se desató por un asunto de faldas; ahí no hay opción. Las guerras de hoy deben acumular, en cambio, antes de ser declaradas, un sinfín de motivaciones y de instancias. La fricción entre los pueblos necesita de enormes cantidades de papel leguleyo y de papel impreso. No «se va» a la guerra; ella nos viene poco a poco por correo, por telégrafo, en la prensa, en lenguaje cifrado, en dialécticas, en discursivos alardes pacifistas. Cuando estalla la bomba parece que ella no

pertenezca a la logística, sino a la retórica. La gente del siglo X iba a las Cruzadas con toda su carga de humanidad personal a cuestas: con sus pecados capitales de índole personal, la soberbia, la lujuria y la ira, más prietos y pesados que la malla; agudos y de bronce, como las lanzas que eran el arma de la Guerra Santa. Hoy se va sin defectos, plausiblemente, a la gran mortandad, a una lucha implacable de silogismos impersonales; morirá la gente por vocablos hueros, a los que cada cual da su propia y cómoda interpretación: Libertad, Democracia, Derechos del Hombre. Cuanto más, se envuelve todo ello con el espíritu benéfico de un álgebra histórica y sin raíz humana.

Y en este juego de imprecisos y variados matices, entre los que anda la razón del vencedor, se pasan luego años, tiempo, pergeñando las justificaciones. Es probable que la Historia Universal, tal como está escrita en los manuales escolares, sea el gran archivo de las justificaciones bélicas tardías. Solo unos pocos capítulos de este libro podrían ser considerados cabalmente ciencia civilizadora, com-

## la guitarra, guerra y paz

Ahora que alguien escribe: «Los soldados lloran por la noche», según el verso de Salvatore Quasimodo, yo me acuerdo, no sé por qué, de aquella guitarra que estaba en la literatura y que yo leía en los versos de otro poeta italiano, que tornaron melancólica una parte de mi mocedad: «La chitarra del fante», en los que aparecía el paisaje de los Apeninos, borroso de lluvia, lleno de nieblas, cargado de noche. Hubo un sentido trágico en aquella primera guerra mundial que trascendió hasta la estampa física de los contendientes. Tal vez fuera por la cantidad de batallas perdidas o inútiles en el mosaico de las alianzas; tal vez fuera por la lentitud de las operaciones que entretuvo durante años, en frentes sombríos, a los soldados innominados de todos los países. En los versos del poeta italiano la guitarra del soldado era un instrumento que contenía dulces canciones y alaridos y melopeas de una bronca desesperación. Esos eran aquellos soldados con bigote y bufanda que murieron a racimos en la primera guerra mundial y cuya guitarra era la voz de un mundo que terminaba: el siglo XIX.

Yo he escuchado la guitarra de los soldados. Mi amigo Roberto Rosés tenía una en nuestra chavola del frente de Aragón. La llevaba metida en un saco, cargada a la espalda, junto al fusil; y en los tumbos del camino, sobre el tablado de las camionetas, su caja y sus cuerdas resonaban a veces, sin que- rer, quejumbrosamente. En la chavola, al anochecer,

pendio positivo y creador de vida social y de adelanto humano.

El último de los grandes mitos históricos que pudiera hallar parangón con los Aníbal y los Aquiles de otro tiempo sería Bonaparte. Todas las trompetas de la Francia histórica —con sus enormes credenciales de difusión universal— han llenado los aires con sus ecos durante siglo y medio en loor del conquistador del mundo. Pero el corso halló el reverso de su figura histórica en la versión que Tolstoi le dio en «Guerra y paz», monumento objetivo a la condición humana del héroe. El general Kutusov, oponente del corso, aliado de las nieves, arrodillado ante los iconos, contribuyó a derrotar en la pieza literaria al Napoleón mitológico en la proporción en que le derrotó militarmente sobre las estepas. Y del libro nace el Bonaparte arisco, enervado hasta la feminidad, que se rocía con agua de colonia las flácidas carnes, que tiembla ante el descalabro. La razón del vencedor de cien guerras se viene abajo en cuanto se le ve en el interior de su tienda quitándose las polainas.

Roberto Rosés sacaba su guitarra y empezaba a entonar canciones de moda. Las lechuzas, las estrellas, las carpas del río se estremecían a la vez. Nosotros escuchábamos y, de pronto, todo callaba, porque nos parecía que un leve silbido, un aviso, el airón imperceptible de una amenaza que estaba al otro lado, escindía la noche. Pero la guitarra volvía a sonar y medía el tiempo, que en la guerra es más profundo y más ancho y más ambiguo que en la paz.

Ahora, mi hija Mercedes, que tiene once años, pulsa una guitarra. Está cerca del balcón y la apoya sobre sus rodillas; la luz de la calle da en su escorzo con una aureola. Los dedos de la niña son torpes todavía, pero la guitarra es un ser que parece contener una vida propia ahíta de músicas latentes. La guitarra se puede pulsar de una manera consciente y armónica; pero aunque no se acierte a despertar de pronto el mundo clásico de los acordes vivos, es capaz de musitar unos sonos y unos ecos parecidos a una oración, a una confidencia, a un suspiro o al ritmo de un verso que está por hacer. Esto consigue de momento mi niña, y yo escucho la posibilidad de que sea música lo que no es más, de momento, que una caja de resonancias; una caja de resonancias que contiene el dolor de los soldados que estaban en los Apeninos en 1914, el temblor de las estrellas del frente de Teruel, la tristeza infinita de las guerras que hemos vivido; y, junto a ello, el perfil de mi hija aureolada por la luz del balcón. Toda la vida podrá de pronto, a un rasguero de sus pequeños dedos, convertirse en música y tornarse canción.